

Música interior, MARÍA A. URRUTIA ARTIEDA.—Buenos Aires, Ediciones Anacón, 1938. 157 pp.

Hoy yo dejo, Señor, cabe tus plantas — las rosas de mis sueños...
Tú bien sabes, Señor, que son mi sangre: — acéptalas por eso!

(Ofertorio).

Así ofrece a Dios la poetisa argentina María Alex Urrutia Artieda, su bella colección de versos a que ha dado el título de *Música interior*. Nos dice la Urrutia Artieda que fué su madre, "renovada voz de aliento" en todas sus horas, quien le pidió este libro, y es a ella a quien se lo dedica "con la secreta esperanza de que sea un poquito de alegría en su callado dolor", dolor que procede en gran parte, se puede inferir, de la muerte de un hermano de la poetisa a quien consagra un poema conmovedor, "Romance de angustia", que principia y acaba con estas patéticas palabras:

Cómo te me fuiste,
muchachito bueno...
Cómo te nos fuiste,
sin ruido, en silencio,
como se va el agua
por entre los dedos...

Muy evidente es que no sólo quisiera la autora aliviar el dolor de su madre, sino que, con verdadero espíritu cristiano, quisiera mitigar todas las penas del mundo. No es nada egoísta. No se preocupa exclusivamente de sus propios sentimientos, gozándose en exhibirlos. Quisiera ser el refugio de todos los afligidos y que su pecho fuese depositario de toda la angustia del mundo. Muy exaltado es en verdad el objetivo que persigue. Así, nos dice en "Palabras al viajero":

Como portal, mi espíritu a la angustia
por siempre estará abierto;
y la pena, el cansancio y la tristeza
que allí dejas, viajero,
con infinita y férvida ternura
yo guardaré en mi pecho.

Y no teme la tristeza. La acoge, al contrario, como una de las claras revelaciones de la vida. La recibe, no con mórbosa voluptuosidad, sino con serena resignación, y hace de su alma un nido, "todo halago y tibieza" para el dolor y a éste lo envuelve en sus ensueños, hasta aligerarlo y convertirlo ensueño. Y cuando llega, su boca

temblorosa lo besa,
 como a un niño pequeño...
 Y dormido allí dentro,
 no es dolor: es un sueño...

(Serenidad).

Parece que la Urrutia Artieda, en medio de nuestra agitada vida moderna, ha hallado una calma envidiable; una calma nacida, al parecer, de su poder de refugiarse en el reino de la ilusión, y, siendo generosa como es, le gustaría tranquilizar a todo el mundo con sus versos consoladores:

Yo quiero ser como el agua,
 como el agüita serrana,
 y echarme a andar por la vida
 como ella entre piedras anda,
 diciendo con voz muy suave
 al viajero que encontrara:
 Como el agua de la sierra,
 yo apago la sed del alma
 porque llevo en mí la esencia
 del ensueño y la esperanza;
 tómame presto, viajero
 a quien esa sed abraza,
 que toda la angustia tuya
 yo habré de trocarte en gracia!

Vivir la vida, dando sin recelos y con honda alegría, es dicha sin par. Así empieza el poema "Dar", que expresa encantadoramente la alegría que la autora siente al servir a los demás.

Muy de vez en cuando el desencanto se muestra en los versos de esta argentina, y cuando momentáneamente aparece, como en el "Romance de mi corazón", es rechazado y dominado por una voluntad imperiosa que ni por un momento cesa de luchar con la áspera realidad.

Como en todos los que tienen una viva sensibilidad, los varios aspectos de la naturaleza evocan en la autora de *Música interior* emociones correspondientes. El silencio de la noche, en que está suspendida toda la actividad del día, ejerce sobre ella un embrujo que le infunde intensa angustia:

Noche de silencio.
 Todo está dormido:
 no pasa ya el viento
 ni murmura el río,
 y en la fronda espesa
 callaron los grillos

Noche de silencio,
 supremo, infinito.
 Todo está callado:

y sobrecogido
de emoción intensa,
el corazón mío,
temblando de angustia,
apura el latido.

(*Nocturno*).

En cambio, la frescura matinal le inspira un gran regocijo:

En la clara mañana,
cuando tiembla el rocío
en los cálices frescos
de las tímidas rosas,
llega blanda la brisa
y su dulce extravío
me susurra mil cosas...

(*En la clara mañana*).

Es interesante notar que, de todos los elementos de la naturaleza, es el agua el que parece simbolizar para la Urrutia Artieda todo lo vivificante y todo lo bello impalpable. En "Agiita serrana", lo mismo que en el exquisito poemita de amor, "Un poquito de agua", la poetisa expresa el deseo suyo de identificarse con el agua, dulce, suave, flúida, y en "Otra vez la lluvia", simboliza en ella lo intangible de la belleza. Así termina este poema:

Otra vez la lluvia,
otra vez el agua,
deliciosa, fresca,
menuda, pausada;
otra vez un canto
que se hace plegaria
de tanta ternura
florecida en lágrimas,
y otra vez dos manos
en la empresa vana
de apretar entre ellas...

.....
de esta lluvia lenta
que cae en hilachas!

Bellísimos son sus poemas de amor. Son dulces, tiernos, llenos todos de apasionado cariño y de solicitud casi maternal. Uno de los más encantadores es "Matinal". En él la naturaleza toda se muestra en armonía con la dicha de la amada:

Muy de mañanita
cuando todo sueña,
cuando entre las hojas

el rocío tiembla
y llena de gracias
el alba despierta,
y allá entre las nubes,
rojas, somnolientas,
el astro se asoma
besando la tierra...

Muy de mañanita
me voy por las sendas;
corro por los campos
fragantes de hierbas;
dejo la llanura,
me trepo a la sierra
y le grito al viento
mi dicha inmensa
de que tú me quieras...

Y así podría definirse su dicha como un himno a la vida, himno de adoración a la naturaleza, al amor, al ensueño, a Dios. Muy significativos son sus últimos versos:

Gozo de gozos el mío
de este vivir embrujado;
supremo gozo de gozos
estarme siempre soñando.

Ya hemos visto que la Urrutia Artieda proclama que lleva en sí "la esencia del ensueño", y esto, junto con su fe cristiana, le permite sin duda guardarse serena y llena de esperanzas en medio de la febril turbulencia de los tiempos... Por ello atesora en su corazón una gran piedad para los miserables y los atormentados de la vida, a quienes quisiera solazar comunicándoles "su fe, su esperanza y su ensueño". Así se expresa en "Copla de coplas":

Copla de coplas mi copla
hecha de gracia y de ensueño!
Copla de coplas la mía
que váse alegre en los vientos,
sembrando al paso en su andanza,
mi fe, mi amor y mis sueños.

Sencillos, espontáneos y delicados son los versos de la joven poetisa argentina de *Música interior*. En ellos aspira a sembrar semillas admirables por el mundo. ¡Ojalá que todas germinen y florezcan, para dicha de todos!

CLOTILDE M. WILSON,
Universidad de Washington,
Seattle.